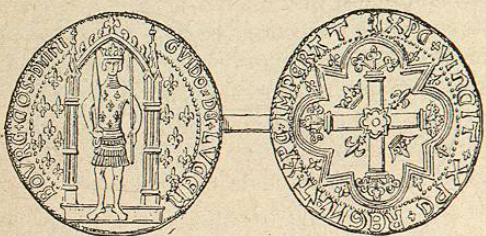


conde se puso de rodillas y le dijo: «Señora, sois mi madre, y haced lo que bien os plazca.» Pero puso su obediencia á muy alto precio: en virtud del contrato celebrado en Gante el 12 de abril de 1369, Carlos V prometía restituir al conde de Flandes Lilla, Douai y Orchies, quitados á Flandes en tiempo de Felipe el Hermoso, y pagar además la fuerte suma de 200.000 dineros de oro de Francia. Si ni el conde de Flandes ni su hija tuviesen herederos varones, el rey podría volver á comprar dichas ciudades por un precio convenido de antemano. Es verdad que Carlos V había hecho firmar á su hermano, en 7 de septiembre de 1368, un convenio secreto, por el cual Felipe se comprometía á restituirle, á la muerte de Luis de Maële, las dos más importantes de las villas cedidas, Lilla y Douai. Pero, por



Moneda de Guido de Luxemburgo, conde de Ligny

su parte, Margarita de Flandes fué obligada por su padre, en 27 de marzo de 1369, á jurar ante testigos que no consentiría jamás en la enajenación de esas villas flamencas.

En 7 de junio de 1369 el duque de Borgoña partió para Flandes, después de haber hecho grandes empréstitos, á fin de poder presentarse allí con magnificencia. En Brujas distribuyó locamente soberbios regalos y dió festines cada día. De allí fué á Gante, donde en 19 de junio se celebró el casamiento. Hubo fiestas y justas sin fin; el gran banquete de bodas costó 2.705 libras tornesas; había sido preciso pedir al rey de Francia heraldos, violines y grandes caballos de justas, y al conde de Eu su vajilla de plata.

Más tarde aparecieron las consecuencias de este casamiento, que fueron funestas para la realeza francesa; pero esto fué por efecto de circunstancias extraordinarias que hubieran podido no presentarse y que nadie entonces podía prever. Carlos V, al ligar al conde por este casamiento, impidiendo que un príncipe inglés se estableciera en Flandes, había hecho un acto de buena política, que facilitó singularmente la renovación de las hostilidades contra los ingleses.

La Castilla, que cogía de través á la Guiena, y que tenía una buena marina, podía ser una excelente aliada contra los ingleses. Carlos V se había asegurado la alianza de esta corona sosteniendo á Don Enrique. Aun antes de que éste hubiera definitivamente triunfado de Don Pedro, había firmado un tratado, que debía por mucho tiempo unir la Francia y la Castilla contra los ingleses; el 20 de noviembre de 1368, «en el campamento delante de Toledo» se convino que los dos reyes se ayudarían recíprocamente en sus guerras: Don Enrique debía proporcionar una flota de veinte naves; las presas se dividirían, pero las conquistas sobre los ingleses quedarían del rey de Francia. En el mes de junio del año siguiente, un convenio adicional precisó aún

más las condiciones de la alianza. Además, Don Enrique, por dos tratados convenidos en 1371 y 1373, procuró un nuevo aliado á Carlos V: el rey Fernando de Portugal se comprometió á juntar cinco galeras á la flota castellana, siempre que ésta peleara por el rey de Francia. Un hecho imprevisto estrechó aún más la unión. El duque de Lancáster (1), tercer hijo de Eduardo III, que iba en busca de una corona real, casó en 1371 con la hija mayor de Don Pedro de Castilla, heredera de los derechos paternos, y que permanecía enteramente retirada en Baiena. En seguida Lancáster tomó el título del rey de Castilla. Directamente amenazado por los ingleses de Guiena, D. Enrique, bajo la inspección de Du Guesclín, concertó con Carlos V nuevos tratados. La campaña de 1372 se inaugurará con las hazañas de la flota española en la costa del Aunis.

El rey de Francia no podía esperar una alianza tan efectiva con el emperador; Carlos IV era demasiado prudente para comprometerse en el conflicto entre Francia é Inglaterra. No obstante, el rey, fiel á la antigua amistad de los Luxemburgo y de los Valois, le mostraba mucha deferencia; los dos soberanos cambiaban frecuentemente embajadas y mensajes. Cuando se renovó la guerra contra Inglaterra, Carlos V tuvo empeño en procurarse, á lo menos, la benevolencia del emperador. A principio de 1372 se firmó un tratado: en él Carlos IV prometía hombres de armas. Según su costumbre no los proporcionó, lo cual no debió extrañar á Carlos V; por lo menos, de este lado no era de temer ninguna hostilidad.

Eduardo III había empezado la guerra contra Felipe VI con la alianza de Flandes y del emperador. Carlos V, cuando reanudó las hostilidades, podía contar con la fidelidad del conde de Flandes y de los flamencos, garantida por el duque de Borgoña, con la simpatía del emperador y la alianza activa de Castilla.

### III.—Du Guesclín, condestable

Cuando la guerra se hubo empeñado declaradamente, los ejércitos franceses é ingleses volvieron á encontrar sus acostumbrados campos de operaciones. En 1369 combaten en el Mediodía, en Querci, en Périgord y en Rouergue; al Oeste en los confines del Poitou, del Berri y de la Turena; al Norte en el país de Calais. Finalmente, vuelve á formarse el proyecto de desembarco en Inglaterra, y el mismo Carlos V preside los preparativos en Ruán y á orillas del Sena marítimo.

Los franceses vencieron en el Oeste y en el Sur. Desde 1369 á 1371 fué cercado el Poitou; el duque de Berri, Juan de Bueil y Juan de Kerlouet, aunque tenían que habérselas con Chandos, nombrado senescal del Poitou, quedaron vencedores varias veces. El Limousín fué en parte reconquistado. En el Mediodía, el duque de Anjou fué secundado por el viejo conde de Armagnac y su hijo Juan II, después por Du Guesclín, á quien cinco mensajes consecutivos hicieron volver de Castilla, donde estaba ocupado en tomar posesión de los feudos españoles que había recibido del rey Enrique. La conquista del Rouergue terminó, después de

(1) Juan de Gand había heredado, en 1362, los bienes y títulos del duque de Lancáster, primo de Eduardo III.

seis derrotas de los ingleses, en 1369. Montaubán se sometió en el mes de junio y Millau en el mes de noviembre, después de haber negociado hasta perderse de vista y consultado hasta á jurisconsultos de Bolonia. Agen había abierto sus puertas en el mes de febrero, arrastrando la mayor parte del Agenais. La toma de Tarbes, en octubre, entregaba á los franceses el condado de Bigorre. El Périgord estaba decentado á consecuencia de una correría de Du Guesclín; la villa de Tulle y el vizcondado de Turena se sometían.

Los ingleses trataron de estorbar esta reconquista metódica. En otoño de 1369, el duque de Lancáster, salido de Calais, atravesó la Picardía y la Normandía para ir á destruir, á orillas del Sena, los armamentos empezados; una flota inglesa le seguía á lo largo de la costa. Fué la primera de esas correrías que debían reproducirse los años siguientes. La táctica de Carlos V fué de dejar pasar al enemigo, contando con el tiempo y la enfermedad para diezmarlo. Lancáster, esta vez, sufrió poco, porque no fué muy lejos: después de haber intentado sin éxito apoderarse de Harfleur y de haberse detenido seis días en Chef-de-Caux para embarcar su botín, se volvió hostigado por los aldeanos del país.

El año siguiente, 1370, Knolles renovó esta tentativa, pero esta vez en mayores proporciones. Partió de Inglaterra con mil seiscientos hombres de armas y más de dos mil quinientos arqueros. Llevaba rumbo hacia el país de Caux; pero, por razón de ser los vientos contrarios, tuvo que abordar en Calais. De allí se puso en marcha en los últimos días de julio; atravesó, saqueándolos, el Artois y la Picardía. Acababa de terminar la cosecha y las granjas estaban repletas. Los ingleses hacían, «sin cansarse mucho ni trabajar, dos ó tres leguas por día, y cuando encontraban una fértil comarca, permanecían allí dos ó tres días;» esto es lo que Foissart llama hacer correrías «cortésmente.» No saqueaban todas las aldeas y burgos abiertos que encontraban, pero obligaban á rescatarse á aquellos que se libraban del saqueo. Por lo demás, no tuvieron ocasión de combatir. Todas las plazas estaban guarnecidas, bien guardadas, bien aprovisionadas; Arras, Noyón, Reims, Troyes, vieron pasar el ejército de Knolles sin conmoverse. A fin de agosto los ingleses habían llegado al Auxerrois. Como ya no tenían que hacer más hacia el Sur, se dirigieron hacia París y el 22 de septiembre llegaron ante las murallas. «El rey Carlos de Francia bien podía ver desde su palacio de Saint-Paul los fuegos y las humaredas que hacían con toda libertad.» Pero no hubo más que escaramuzas al pie de las murallas, y no se verificó ninguna salida. En 25 de septiembre los ingleses desaparecieron en la dirección del Oeste y se desparmaron á través de la Beocia, como si quisiesen volver á Normandía ó á Bretaña.

La emoción, sin embargo, había sido muy viva. Carlos V resolvió entonces dar á Du Guesclín la dirección de la guerra, en substitución del viejo condestable Moreau de Fiennes. Un consejo de príncipes, de señores, de gentes de iglesia y de burgueses de París aprobó su designio. Sus correos fueron á buscar á Bertrán en el vizcondado de Limoges. Cuando se le vió llegar á París con un vestido de paño grisé, que se había puesto para no ser detenido por los hombres de Knolles al atravesar la Beocia, el pueblo de París encontró que

tenía muy pobre figura; pero el rey, en seguida que apercibió al caballero que tenía «corazón de emperador,» se levantó, y cogiéndole de la mano, le anunció que le hacía su condestable. Du Guesclín respondió «que no era digno de esto, y que era un pobre caballero y pequeño escudero al lado de los grandes señores y valientes hombres de Francia, á pesar de que la fortuna le hubiese hecho adelantar un poco.» Aquella noche la pasó en el palacio Saint-Paul, en una cámara adornada en honor suyo con tapices flordelisados. Al día siguiente, 2 de octubre de 1370, ante una gran asamblea de consejeros y de caballeros, volvió otra vez á querer excusarse: «Querido señor y noble rey, es muy verdad que yo soy un pobre hombre y de humilde linaje. Y aquí están mis señores, vuestros hermanos, vuestros sobrinos y vuestros primos, que estarán al frente de gentes de armas en hueste y en correrías; ¿cómo me atrevería yo á mandarles?» El rey le respondió: «Messire Bertrand, messire Bertrand, no os excuséis por este lado. Porque yo no tengo hermano, ni sobrino, ni conde ni barón en mi reino que no os obedezca. Y si alguno hubiere que no fuese así, me irritaría de tal modo que se acordaría de ello.» Y entregó á Bertrán la espada de condestable.

Du Guesclín marchó en seguida y se encaminó hacia Caén. Carlos V le había dado la paga de mil quinientos hombres de armas: se presentaron tres mil; el condestable se hizo llevar su vajilla de oro y de plata y la empeñó para pagarles. Knolles se dirigía lentamente á Bretaña por el valle del Loira. Se había visto obligado, por consecuencia de disputas entre sus lugartenientes, á dislocar su ejército, y marchaba adelante, á una jornada de distancia, por lo menos, de Tomás de Granson, mariscal de Inglaterra, que mandaba el segundo cuerpo y la retaguardia.

Habiendo salido de Caén el domingo 1.º de diciembre, Du Guesclín cabalgó día y noche con un tiempo espantoso, y en dos días llegó al Mans. Allí sabe que los ingleses de Granson no han pasado de Pontvallain: será inútil que Knolles se detenga, que inste á Granson para que se le reuna y que llame á los capitanes ingleses que están por el lado del Loira: el condestable está seguro de cortar en dos á las fuerzas enemigas. Más allá del Mans encuentra á un heraldo que viene á pedirle día de batalla: se le hace beber tanto que se queda y se acuesta sin pensar en mal. En plena noche, el condestable, á través de un país difícil, cruzado de setos, fuerza la marcha; una parte de los suyos se pierde en el camino; algunos caballos revientan de fatiga; la lluvia cae á torrentes; sopla «un viento frío, fuerte y picante.» A la mañana siguiente, Du Guesclín cae sobre los enemigos: «allí hubo batalla fiera y maravillosa; fué grande el choque de lanzas.» El condestable no tenía mucho más de doscientas lanzas; las restantes se habían quedado atrás. Tenía gran trabajo en hundir á los ingleses cuando aparecieron los rezagados, el mariscal Audrethem, Juan de Vienne y Olivier de Clissón. La victoria fué completa; todos los que no fueron muertos quedaron prisioneros.

Dos días después, Du Guesclín había atravesado el Loira y llegaba á Saumur; arrojó al enemigo hasta Bressuire en Poitou. Al mismo tiempo Clissón hostigaba á Knolles, que regresaba á su fortaleza de Derval en Bre-

taña. A consecuencia de estos reveses, Knolles, denunciado á Eduardo III, tuvo que entregarle, para conservar su buena gracia, 10.000 marcos de plata.

En verano de 1370, los ingleses habían estado también amenazados de perder el Limousín. En 24 de agosto,



Eduardo, príncipe de Gales  
(Estatua sepulcral existente en la catedral de Cantorbery.)

to, el duque de Berri, con el consentimiento del obispo y de los habitantes, había entrado en Limoges. El príncipe de Gales juró por el alma de su padre hacer expiar este ultraje «á todos los de la ciudad.» Partió de Cognac con un fuerte ejército de gascones y de *routiers*. El duque de Berri había marchado de Limoges, donde no permaneció más que un día. Los habitantes le llamaron en su auxilio, pero él no se movió. En los últimos días de septiembre los enemigos estaban delante de la ciudad y «comenzó todo el país á estremecerse contra ellos.» El príncipe estaba enfermo; había sido preciso

llevarlo en litera. Como las murallas eran muy sólidas, hizo venir á unos mineros que trabajaron sin descanso. Al cabo de tres semanas, en 19 de septiembre, un gran trozo de muralla se derrumbó; ingleses y gentes de las compañías se precipitaron á las calles «completamente dispuestos á hacer daño.» Se cuenta que más de tres mil personas fueron degolladas el primer día. «Allí hubo grandes lástimas; porque hombres, mujeres y niños se echaban de rodillas delante del príncipe y gritaban: «¡Perdón, gentil señor, perdón!» pero estaba tan inflamado de odio, que no oía nada, y ninguno ni ninguna eran escuchados, sino todos pasados al filo de la espada.»

Desde Limoges el príncipe de Gales volvió á Angulema, donde supo la muerte de su hijo mayor. Su enfermedad no hacía más que empeorar; sus médicos le aconsejaban que volviese á Inglaterra. Marchó á principios de 1371, habiendo perdido casi todo el país donde había ido como vencedor. Dejó en 1371 Guiena á sus hermanos Lancáster y Cambridge. En Inglaterra fué á establecerse en el castillo de Berkampstead, donde, por espacio de cuatro años, acabó de morir en la soledad.

#### IV.—La conquista del Poitou (1)

Desde 1371 á 1373, el condestable reconquistó el Poitou y el Saintonge, con sus fieles bretones Clisson, Kerlouet, Mauni, Beaumanoir, cuyas hazañas ha narrado el trovador Cuvelier.

La alianza de Castilla fué entonces muy útil á las armas del rey de Francia. Cuando en junio de 1372 una bella flota inglesa, á las órdenes del conde de Pembroke, encargado de mandar en Guiena, se presentó delante de la Rochela, encontró la rada ocupada por una flota española de veinte galeras, que acababa de conducir allí el almirante de Castilla, Bocanegra. Dentro había gran número de «bandidos que tenían ballestas y cañones, grandes barrotes de hierro y balas de plomo» (*plommées de plomb*); empujaban hacia adelante unos brulotes cargados de aceite y de grasa. El combate fué muy reñido; interrumpido por la marea baja, se reanudó á la hora del reflujo. Como estaban en aguas muertas, los grandes buques ingleses no podían entrar en el puerto. Los habitantes de la Rochela, que no querían á los ingleses, no se movieron para ayudarles. La flota del conde de Pembroke fué en parte destruída por el incendio, y su jefe fué hecho prisionero; los españoles se apoderaron de 20.000 marcos de plata que se destinaban á pagar la campaña de la Guiena. Cuando se hicieron á la vela para volver á España, los habitantes de la Rochela admiraron aquellas elegantes galeras, cuyas banderas con las armas de Castilla se veían acariciando las aguas.

Entre los aventureros cuyos servicios utilizaba Carlos V, había un refugiado galense, Owen de Gales, que pretendía ser descendiente y heredero en línea directa

(1) OBRAS DE CONSULTA.—E. Petit, *Campagne de Philippe le Hardi en 1372 dans le Poitou, l'Angoumois, l'Aunis*, etcétera, «Mémoires de la Société bourguignonne de géographie et d'histoire», II, 1885. Denys d'Aussy, *Campagnes de Du Guesclin en Poitou et en Saintonge*, «Revue de Saintonge», X, 1890. De la Roncière, *Histoire de la marine française*, II, 1900.

de la antigua casa de los príncipes de Gales, despojada por los reyes de Inglaterra. El rey le había enviado, durante la primavera, con una pequeña flota, á reunirse con las escuadras de Don Enrique en las costas de España. En Santander, Owen vió desembarcar al conde de Pembroke y á los otros prisioneros ingleses, «aherrojados y aparejados como una trailla de perros en una cuerda.» Hubiera querido arrastrar á los castellanos al país de Gales; pero éstos preferían, dijeron, ir á Granada, á los estrechos de Marruecos y á Persia antes que á aquel país perdido. Fué preciso que Owen se contentara yendo á operar con ellos á las costas del Poitou, lo cual fué mucho más provechoso para Francia. Con las barjas de Owen partieron, hacia el fin de julio, cuarenta grandes navíos y ocho galeras al mando superior del adelantado de Guipúzcoa, Ruy Díaz de Rojas.

Para obrar de concierto con las flotas, el condestable había vuelto al Poitou en el mes de junio. Con los hombres de armas que le llegaron de Berri, de Anjou y de Auvernia, pronto reunió tres mil lanzas. Iban con él los duques de Berri y de Borbón, á quienes compara Cuvelier con leones conducidos por un águila. Se tomó Chauvigni y sus cinco castillos, Lussac, Moncourtour y Saint-Sevère, cuyo sitio dió ocasión á luchas homéricas. Algunos días después, el 7 de agosto, Poitiers estaba amenazado. Los habitantes habían quedado siendo franceses de corazón:

*Qui les avroit ouverts, ainsi c'un porc lardé,  
On aroit en leur cuer la fleur de lis trouvé (1).*

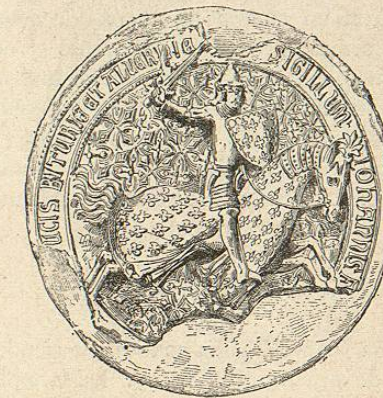
El alcalde, la guarnición y los funcionarios ingleses querían resistir, pero Du Guesclin llegó ante las puertas antes de que hubiera podido introducirse ningún socorro inglés. Habló á los burgueses, y á instancia de los mismos les prometió la renovación de los privilegios y costumbres concedidos desde el tiempo de San Luis. En 7 de agosto de 1372, Bertrán y el duque de Berri hacían su entrada en la ciudad. Los ingleses se habían refugiado en el castillo, que fué tomado por asalto.

Era también preciso tomar la Rochela. El *captal* de Buch y el senescal inglés de Poitou operaban en los alrededores de la villa, con escasas fuerzas, mientras Owen de Gales y la flota castellana bloqueaban la costa. El *captal* sorprendió un pequeño cuerpo de hombres de armas franceses, que sitiaban Soubise á la entrada de la Charente; pero Owen con cuatrocientos hombres de armas cae sobre el *captal*, en mitad de la noche, á la luz de las antorchas. El *captal*, «muy enfurecido, empuñaba una hacha y hería á diestro y siniestro; no descargaba golpe sin derribar á algún hombre.» Por fin, tuvo que rendirse; era un temible enemigo menos. Franceses y españoles se disputaron ásperamente este gran prisionero.

Puesto bajo buena guardia en una abadía, el *captal* «se desconsolaba mucho y decía: «¡Ah!, ¡ah!, Guiena, estás verdaderamente perdida!» Las posesiones inglesas estaban, en efecto, muy comprometidas. Soubise se rindió el 23 de agosto; los habitantes de la Rochela, cuando supieron esta noticia y estuvieron bien seguros de que no había ningún ejército inglés en las cercanías,

(1) «Quien les hubiera abierto como un puerco lardado,—hubiera en su corazón la flor de lis encontrado.»

se establecieron en el castillo de su ciudad, del que habían hecho salir por medio de astucia á la guarnición inglesa. Owen se presentó entonces para recibir su sujeción; pero los de la Rochela no quisieron rendirse más que á un príncipe de la casa real. Comparecieron tres, los duques de Berri, de Borgoña y de Borbón. Du Guesclin estaba á algunas leguas, bloqueando por prudencia este altivo municipio. Los burgueses reclamaron privilegios de toda especie y tomaron sus precauciones para el porvenir; en el espacio de algunas horas demolieron el castillo, donde el rey de Francia hubiera podido poner una guarnición; es verdad que prometieron construir para su soberano, como indemnización, «un



Sello de Juan, duque de Berri

palacio más hermoso que los que pudieran encontrarse en cien leguas á la redonda.» Impaciente por sus tardanzas, Du Guesclin les habló rudamente, sin conmorverlos; todo lo que pedían tuvo que serles prometido en nombre del rey. Finalmente, en 18 de septiembre, los príncipes hicieron su entrada, con banderas desplegadas, ataviados con todas sus armas. Pero un hilo de seda obstruía aún la calle; antes de franquearlo fué preciso renovar todas las promesas. Carlos V, por lo demás, cumplió sin falta todos los compromisos adquiridos por sus hermanos y por su condestable.

En el curso de septiembre se sometieron Saint-Maxent, Angulema, San Juan de Angé, Saintes, Melle, Civrai, Marsans y Fontenay-le-Comte. Como algunos nobles poitevinos, que habían permanecido fieles á Inglaterra, estuviesen reunidos en el castillo de Surgères, les sitiaron allí todas las fuerzas francesas de la región. En 28 de septiembre se pactó una tregua hasta 30 de noviembre siguiente: si en esta fecha el rey de Inglaterra ó su hijo no hubiesen ido á socorrerles, los nobles poitevinos debían someterse al rey de Francia.

Desde hacía mucho tiempo, en efecto, Eduardo III quería hacer un gran esfuerzo para detener la conquista francesa. En 11 de agosto de 1372 pedía á los obispos de Inglaterra procesiones y rogativas, y á principios de septiembre se embarcaba en Sandwich. Pero durante todo el mes reinaron vientos contrarios; apenas fué posible apercebir las costas del Cotentin. La flota volvió al puerto: 900.000 libras se habían gastado inútilmente. A fin de noviembre, los señores poitevinos no habían visto que llegara nadie.

En su consecuencia, en 1.º de diciembre se rindió la fortaleza de Surgères. El mismo día, en Loudún, en la iglesia de los frailes menores, los firmantes de la con-